Para mi séptimo cumpleaños, pedí un poni de color rosa.

De peluche, claro, porque uno real no entraría en el apartamento donde celebramos la fiesta. Como mi familia es muy buena y me quiere mucho, recibí cinco, diez, una veintena de ponis de color rosado, todos con etiquetas que me felicitaban por ser una nena muy buena y una muy buena hija, nieta, sobrina o hermana.

Mi familia es muy dedicada, para ellos todo tiene que salir perfecto. Los cumpleaños no son la excepción: los vieras como se preocupan, como se organizan todos desde semanas antes por cada fiesta, como se cruzan las llamadas y los pedidos. Este día, por ejemplo, mis papas pusieron el lugar pero mis tíos trajeron la bebida, y mis hermanos se encargaron de los globos y la música.

Todas las primeras horas fueron pura alegría. Como casi no tengo amigas de mi edad, mi cumpleaños se basa en sentarme en la cabecera y ver a los grandes hablar, discutir y desvivirse dándome cumplidos mientras me preparo para el momento final. Como a mi familia le gusta ser dedicada, hasta las discusiones parecen armarlas como para que una nena de mi edad las entienda; y aunque no puedo opinar me dejan asentir y reírme, o comentar lo rico que esta el helado y lo lindo que es el peluche que me regalaron.

Entonces llega el momento, y empiezo a sentir los nervios. “¡La torta!” escucho, “¡Apaguen las luces!”, siento como un latigazo y al rato pasa: viene la penumbra que oculta las risas, y de la cocina mama trae una bandeja grande, de plata, con la torta redonda sobre ella y encima de todo las siete velas, una por cada año que paso.

Ya hice esto seis veces antes, así que no debería ponerme así. No puedo evitarlo, sin embargo. Mama deja la torta frente a mí, todos se inclinan hacia adelante y la luz de esas siete velas les ilumina las caras, las sonrisas expectantes de los abuelos, del tío y de la tía, de mis primos y mis hermanos y hermanas mayores. Yo aguanto la respiración, ansiosa, viendo la cobertura de chocolate de la torta destellar y entonces empieza el canto: se aplauden las palmas y me miran, entonan el coro que ya escuche antes y que no es más que un conteo.

*QUE LOS CUMPLA FELIZ*

*QUE LOS CUMPLA FELIZ*

*QUE LOS CUMPLA BETIANA*

*QUE LOS CUMPLA FE-LIZ*

Aplausos, fuertes y salvajes pero creo que los latidos de mi corazón suenan más fuerte. *“¡Pedí un deseo!”* escucho. Desearía no tener que enfrentar esto. Junto aire con mis pequeños pulmones y pongo los labios en “O”, soplando con todas mis fuerzas las pequeñas llamas sobre las siete velas.

Dos se apagan, y nada más. Noto que los dedos me tiemblan pero me agarro del borde de la silla, ignorando las miradas familiares. Soplo de nuevo, con tanta fuerza que escupo.

Ninguna vela se apaga. Los aplausos ya cesaron, y mi familia me mira con gesto lamentable, las muecas torcidas y el desinterés fijo en ojos apagados.

Soplo otra vez, desesperada. Veo mas allá a mi hermano mayor negar con la cabeza, como suspirando aquel desastre. Quedan cinco velas, cinco velas que no puedo apagar.

La luz se vuelve a prender, mas allá papa mira a todos como disculpándose y suspira. La música también se corta, no sé quien apago el productor pero no me importa, yo sigo esforzándome, soplando las últimas cinco velas con la poca fuerza que tengo, aguantándome las lagrimas mientras todos se empiezan a ir por la puerta, los abuelos, el tío y la tía, mis primos y hasta mis hermanos apenas me miran al salir, decepcionados con la niña que sigue desgarrándose el pecho con cada soplido, con cada inútil intento de apagar esas últimas cinco velas.